

Mientras estamos muertos

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

José Ovejero, *Mientras estamos muertos*
Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-8393-317-6
Depósito legal: M-18435-2022
IBIC: FYB

© José Ovejero, 2022

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2022

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

José Ovejero

Mientras estamos muertos



ÍNDICE

Matar a un perro	9
Maneras de empezar una historia	17
Lo que no se ve sí existe	27
Yo brindé con champán el día que mataron a Carrero Blanco	31
Recuerdo del suicida	37
Un elefante cae a la misma velocidad que una pluma	47
Todo lo que sucede a nuestro alrededor nos sucede a nosotros	53
Los cuentos que nos contamos mientras estamos muertos	57
Tres momentos en los que iba a estar muerto	69
Breve historia de mi ascensión social	77
Unas botas de trescientos cincuenta pavos	85
Do you love me? (like i love you)	95
Él, ella	103
Agfa Synchro Box	119
Enterrar al padre Primera versión	133
Enterrar al padre Segunda versión	141

MATAR A UN PERRO

HIJO, QUE TE HE DICHO QUE VEN GAS.

Lo miro desde la puerta, indeciso. Tiene sobre las piernas la escopeta de dos cañones que me prohíbe tocar. Las armas no son para los niños. Pero de todas formas me regaló una escopeta de perdigones a medias con mi hermana. Nunca he matado un pájaro ni por supuesto un conejo, y no porque no lo haya intentado. No sé si es un problema de puntería o de impaciencia. Cada vez que fallo, mi padre sacude la cabeza entre decepcionado y burlón. Tienes que esperar. Apuntar despacio y luego tirar suavcito del gatillo, dice. Lo intento, pero nunca acierto. Mi padre no es mal tirador, aunque tampoco muy bueno. Yo le acompaño a veces al tiro al plato. Cuando falla el tiro, maldice entre dientes el viento, un reflejo, a la gente que no está en silencio, el plato que hizo un extraño en el aire. Yo intento consolarlo y digo también que el viento o que la gente o que yo creo que sí le ha dado, y entonces él me dice cállate tú también, joder, que eres una cotorra. Después guarda el arma enfadado

pero me permite llevarla hasta el coche, solo una vez que está dentro de la funda, antes no. Me paso la correa de la funda por el hombro; tengo que prestar atención porque el arma es tan larga que a veces me arrastra por el suelo y mi padre me grita, ¿estás tonto? La vas a estropear.

Ahora mi padre me vuelve a hacer un gesto para que entre en el saloncito; lo llamamos así, el saloncito, porque hay otro más grande que en realidad es el comedor y solo lo usamos cuando hay invitados, pero este cuarto pequeño tiene dos sillones y el televisor, una mesa baja y la tricotosa, que compró mamá porque una amiga la convenció de que se podía ganar bastante dinero tejiendo en casa y vendiendo las prendas a la empresa de la amiga, que hacía de intermediaria y también vendía las tricotosas a comisión. Al final mi madre tenía que pasarse horas tejiendo para ganar un sueldo miserable. La amiga le había dicho que si no estaba satisfecha podría devolver la tricotosa pero luego daba largas a mi madre porque el mercado se había deteriorado y no podían dar salida a tantas tricotosas usadas. Así se pierden los amigos.

El saloncito se encuentra casi en penumbra aunque está abierta la ventana que da a la parte trasera, al campo, que no es campo auténtico porque construyeron varias calles y pusieron farolas que nunca llegaron a encenderse. De todas formas, tampoco habrían tenido nada que iluminar. La constructora quebró y solo se levantaron las casas de la hilera en la que vivimos nosotros, doce chalets de ladrillos adosados, idénticos todos, con las mismas chimeneas y las mismas ventanas de pvc blanco que empezó a amarillear el primer verano. De las demás hileras de chalés, que se debían extender dos o tres kilómetros, como falanges de soldados inmóviles, solo llegaron a excavar los cimientos, e incluso

nuestra casa la dejaron sin acabar del todo: mi padre tuvo que terminar la instalación eléctrica y el alicatado de la cocina. Y también compró una puerta para el saloncito, porque la que pusieron era demasiado corta y flotaba por lo menos cinco centímetros por encima de las baldosas.

Yo dudo en el umbral, no me gusta estar a solas con mi padre. No es que sea especialmente violento, no más que los padres de mis amigos, no más tampoco que mis amigos. Supongo que era así en España en los años setenta (los años setenta: es como hablar de la vida en un planeta de otra galaxia). Los padres pegaban a los hijos porque no sabían qué hacer con ellos. Igual que nosotros pegábamos a los más débiles de la clase, nos reíamos de ellos, los torturábamos en la medida de nuestras posibilidades. Yo escupía cada mañana en el bocadillo de un compañero que no había aprendido a defenderse, todas las mañanas, un ritual ineludible al que él intentaba oponerse pero siempre acabábamos por quitarle el bocadillo: nosotros éramos siete u ocho. También teníamos la costumbre de pasar por la barra a quien se nos antojaba: lo atrapábamos entre todos y lo llevábamos a uno de los delgados pilares de metal que sustentaban los aleros de los pasillos abiertos que unían las aulas. Entre cuatro sujetábamos sus piernas (siempre pataleaban, por indefensos y pusilánimes que fuesen), se las abríamos y lo colocábamos de forma que la columna quedara contra la bragueta; entonces tirábamos con fuerza hasta que le aplastábamos los huevos y la víctima se retorció de dolor, insultaba, juraba que nos iba a abrir la cabeza. Algunos lloraban. Pero de todas maneras seguíamos haciéndolo.

Yo también solía acabar llorando cuando, de más pequeño, jugaba con mi padre: no es que jugásemos mucho,

pero a veces fingíamos una pelea en la que él me dejaba ganar al principio y, en cuanto me ilusionaba, me retorció un brazo justo un poco más de lo que podría entenderse como amistoso o me tiraba del pelo de las patillas hacia arriba. Y en el momento en el que me ponía a llorar él sonreía y decía: hala, qué boca más grande.

Dejé pronto de jugar con mi padre. También de sentarme a la orilla del pantano cuando él andaba cerca: si me pillaba desprevenido me levantaba en brazos y, por mucho que protestase y patalease, me tiraba al agua o, mejor aún, porque entonces duraba más la diversión, me arrastraba al pantano y avanzaba hasta donde me cubría y me metía la cabeza bajo el agua durante dos o tres segundos, nada más, lo justo para que yo me atragantase y llorase; hala, qué boca más grande. Y entonces fingía no oír las protestas de mi madre y me remolcaba hasta donde yo hiciese pie, vaya un miedica que estás hecho, y echaba a nadar despacio hacia el centro del pantano.

Lo he contado ya, todo esto lo he contado ya, en novelas y en cuentos. Esa vida áspera de mi infancia, la brutalidad indiferente en el colegio, la competición que manteníamos para humillar a los compañeros más débiles, los celos que mi padre sentía hacia mí y cómo me hacía pagar que mi madre fuese tan cariñosa conmigo. Yo era el pequeño, yo era el inteligente, yo era el sensible. Mi madre podía proyectar sobre mí sus nostalgias, y mi padre, incapaz de colmar ninguna de ellas, tomaba nota. No es nada nuevo, ya digo, lo he escrito una y otra vez gracias a las máscaras que me fabrico con mis personajes. Escribir es recordar justo aquello que deseáramos olvidar a toda costa. Escribir es disfrazar las cosas para poder ver su rostro real.